

LOS SABIOS ENEMIGOS

¿CUAL es el porvenir de nuestro mundo? Pertrechados hasta los dientes, bombas atómicas y bombas H, misiles y antimisiles, los enemigos profesan la fe del «equilibrio del terror». Los sabios que han posibilitado esta situación explosiva reculan asustados o se echan en manos de los que piensan que no hay otra salida que la fuerza. Linus Pauling, Eugéne Rabinovitch, Robert Oppenheimer —obsesionados por los peligros de la guerra nuclear— y Edward Teller —partidario a ultranza de la carrera de armamentos— han sido congregados ante las cámaras de televisión francesa. El programa, a cargo de J. C. Bringuier y J. P. Gallo, se titula «Los sabios entre nosotros».



HACE tiempo, estos jóvenes físicos, cuyos alumnos ocupan hoy todas las cátedras del mundo, formaban un equipo unido, ligado por el trabajo y la amistad, en torno a Niels Bohr en Copenhague, y en torno a los grandes maestros de la física, Frank y Max Born, en Gotinga. Por entonces, cuando se construía el mundo de nuestros días, Teller, el joven judío húngaro, prodigiosamente dotado para las ciencias, era pacifista. Tocaba el piano y, al caer el día, traducía los poemas de su país para su amigo Werner Heisenberg. Pero vino el nazismo y los amigos de Gotinga y de Copenhague se dispersaron. Heisenberg aceptó la responsabilidad del programa nuclear alemán mientras los sabios europeos «no arios», encerrados tras los espinos del campo de Los Alamos, se incorporaban a los físicos americanos e intentaban adelantarse a Alemania en la carrera de la terrorífica arma que habían concebido en los céspedes de Gotinga. Luego llegó la primera bomba de Nuevo Méjico, Hiroshima y Nagasaki. Los chicos de Gotinga habían transformado el rostro del mundo. Oppenheimer confesó aterrado: «Nuestra labor ha si-

do diabólica». Einstein se lamentó de no haberse hecho fontanero. Enloquecidos, los sabios formaron una internacional de sabios pacifistas, el «Movimiento Pugwash», para intentar detener al mundo en la pendiente que ellos mismos habían construido.

Pero, mientras todos los científicos propugnaban el desarme, Edward Teller continuó sus trabajos, reprobado y en solitario. Eliminó a Oppenheimer, sospechoso de «comunismo», y lo sustituyó como número uno de la poderosa Comisión americana de la Energía atómica. Ahora, ante las cámaras de la televisión, se muestra duro, como un lobo cogido en la trampa.

—Señor Teller —preguntó Bringuier—, el gran público le conoce desde hace años como «el padre de la bomba H». ¿Acepta esa etiqueta?

—Solamente soy padre de dos maravillosos niños —respondió secamente.

Momentos antes, en el mismo programa, Linus Pauling había abogado por una abolición urgente de la guerra. Su lucha por la paz universal le ha valido el honor excepcional de un segundo Premio Nobel. Pero sus declaraciones y su presencia en los mítines pacifistas le han costado

muchas amistades, las de colegas opuestos a una acción política excesivamente directa.

—¿Muchas? —pregunta Bringuier.

—Muchas —suspira Pauling.

Y luego, de nuevo Teller habla de «su» bomba H.

—¿Está orgulloso de usted mismo?

—No, en absoluto. Esto me ha dado demasiadas preocupaciones.

—Pero la guerra acabo en mil novecientos cincuenta y dos, señor Teller. ¿Por qué entonces...?

—Cuando los soviéticos hicieron explotar su bomba atómica, tuve que volver a empezar. Pen-

saba que el mundo libre no podía quedar en posición de debilidad e inferioridad. Estaba seguro que los soviéticos iban a construir una bomba H. Lo conseguirían unos meses después de haber terminado nosotros nuestro trabajo. Ciertamente que no estábamos en guerra, pero era indispensable mantenerse fuertes y si hoy queremos evitar la guerra esto sí que siendo indispensable.

—¿Es una profesión de fe?

—La debilidad de Occidente permitió la última guerra mundial. Mi convicción no es una cuestión de fe, sino el fruto de una triste experiencia.

En este punto aparece en la



■ **Oppenheimer: "Hemos hecho el trabajo del demonio"**

■ **Teller: "Es indispensable ser fuerte"**

*Teller: "Estaba seguro que los soviéticos iban a construir una bomba H".
Oppenheimer: "Yo no soy optimista".*



Pauling: "O se termina con la guerra o la raza humana terminará por desaparecer".



pantalla Eugene Rabinovitch. Levanta la voz e intenta «explicar» al sabio perdido:

—El nazismo convirtió a Teller en un antifascista feroz; luego, el comunismo en Hungría le convirtió en violento anticomunista. Esta posición —dijo Rabinovitch— le empujó hacia los medios militares, y le echó en manos de los generales de aviación y le ha hecho un tanto fanático...

Una vez más habla Teller y luego se calla. Toca el piano: Mozart. Es curioso que el pequeño judío húngaro, el físico genial de Gotinga y de Berkeley haya tomado el aspecto de un Hauptmann prusiano: la voz seca, el pestorejo rígido, el gesto dominador. Quien haya visto esta secuencia no habrá podido olvidarlo.

Para acabar, Jean Claude Brinquier planteó a los científicos el problema del porvenir del mundo. He aquí sus respuestas:

PAULING.—«O se termina con la guerra o la raza humana terminará por desaparecer».

OPPENHEIMER (en un murmullo cascado).—«Yo no soy optimista».

RABINOVITCH.—«El diario de los atómicos lleva en la cubierta un reloj que indica que se apro-

xima el mediodía. Ha llegado la hora de poner la casa en orden».

DOCTOR PINCUS (biólogo y padre de la famosa «píldora»).—«Creo que en unos cuantos años, el mundo acabará en una conflagración nuclear. Aun cuando sobrevivan algunos, desaparecerá el mundo que hoy conocemos. Espero que los gobiernos tengan en cuenta nuestra advertencia».

También este año, en el mes de julio, se reunieron los doscientos sabios de «Pugwash», pero sin el mismo entusiasmo. El profesor Artsimovitch, que dirige el programa pacífico de energía termonuclear soviético, manifestó su decepción: «Los científicos de los distintos países no han podido llegar a un acuerdo. El cese de los bombardeos sobre Vietnam y la conclusión del tratado de no diseminación deberían haber sido objeto de un llamamiento común. No ha sido acordado. Lo mismo ha ocurrido con el llamamiento a la desmilitarización "seria y total" del mar y del espacio. Incluso no ha podido conseguirse la unanimidad respecto a la guerra química y bacteriológica».

Linus Pauling, la voz que clama en el desierto, ha perdido efectivamente, muchos amigos.

(Fotos Archivo TRIUNFO)